

Charles Dickens

# El guardavía y otros cuentos de miedo

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Títulos originales: *To be Read at Dusk – The Ghost in the Bride’s Chamber – The Haunted House – The Trial for Murder – The Signalman – Christmas Ghosts – The Lawyer and the Ghost – Four Ghost Stories – The Portrait-Painter’s Story – Captain Murderer and the Devil’s Bargain – The Haunted Man and the Ghost’s Bargain*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: E. O. Hoppé: *Autorretrato* (detalle)

© E. O. Hoppé / Corbis / Cordon Press

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-215-0

Depósito legal: M. 31.007-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Para leer al anochecer
- 27 El fantasma de la cámara nupcial
- 52 La casa encantada
  - 52 Los mortales de la casa
  - 79 El fantasma de la habitación del señorito B
  - 95 El fantasma de la Habitación de la Esquina
- 99 El juicio por asesinato
- 116 El guardavía
- 136 Fantasmas navideños
- 146 El abogado y el fantasma
- 150 Cuatro historias de fantasmas
  - 150 Primera historia
  - 156 Segunda historia
  - 158 Tercera historia
  - 160 Cuarta historia
- 168 La historia del retratista
- 192 El capitán Asesino y el pacto con el diablo
- 209 El hechizado y el trato con el fantasma
  - 209 1. La concesión del don
  - 245 2. La propagación del don
  - 302 3. La revocación del don



## Para leer al anochecer

Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Había cinco.

Cinco guías que, sentados en un banco del exterior del convento que hay en la cima del Gran San Bernardo de Suiza, contemplaban las lejanas cumbres, manchadas por el sol poniente como si se hubiese espitado una enorme cantidad de vino tinto sobre ellas que aún no hubiese tenido tiempo de hundirse en la nieve.

Ese símil no es mío. Lo hizo para la ocasión el guía más corpulento, que era alemán. Los demás le prestaron tan poca atención como a mí mientras, sentado en otro banco del extremo opuesto de la puerta del convento, me fumaba un cigarro como ellos y, también como ellos, contemplaba la nieve enrojecida y la solitaria cabaña que teníamos muy cerca, en la que los cadáveres de viajeros atrapados por la nieve se marchitaban lentamente, ya que no se corrompían en tan fría región.

El vino de la cumbre fue absorbido conforme mirábamos; la montaña se tornó blanca; el cielo de un azul muy

oscuro; arreció el viento y se volvió frío y cortante. Los cinco guías se abotonaron sus bastos abrigos. Como no hay persona a la que sea más seguro imitar en tales circunstancias que a un guía, también me abotoné el mío.

Ese atardecer sobre la montaña había interrumpido la conversación de los cinco guías. Es muy probable que un espectáculo tan sublime detenga una conversación. Ahora que el atardecer ya se había retirado de la montaña, la continuaron. No es que yo hubiera oído nada de lo que habían dicho antes, pues lo cierto es que por entonces no me había separado todavía del caballero norteamericano que, en la sala de viajeros del convento, con el rostro cerca del fuego, se había dedicado a explicarme toda la serie de sucesos que habían llevado al honorable Ananias Dodger a acumular una de las mayores cantidades de dólares de nuestro país.

—¡Dios mío! —dijo el guía suizo en francés, lengua que no creo (como parecen sostener algunos autores) que sea excusa suficiente para que una palabra malsonante se vuelva totalmente inocente por el mero hecho de escribirla en ella—. Si hablas de fantasmas...

—Pero es que no hablo de fantasmas —dijo el alemán.

—¿De qué hablas entonces? —preguntó el suizo.

—Si supiera de qué, señal sería de que sabía mucho más.

Pensé que era una buena respuesta, y sentí curiosidad. Así pues, me moví al extremo de mi banco que estaba más cerca de ellos y, reclinándome contra la pared del convento, pude oírles perfectamente sin que pareciera que escuchaba.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el alemán enardeciéndose—. Cuando cierto hombre va a ir a verte sin previo

aviso y, sin que él mismo lo sepa, te envía un mensajero invisible para que tengas a ese hombre metido en la cabeza todo el día, ¿cómo llamas a eso? Cuando vas caminando por una calle llena de gente, ya sea de Frankfurt, Milán, Londres o París, y te cruzas con un transeúnte que piensas que es como tu amigo Heinrich, y después con otro que también es como tu amigo Heinrich, y así empiezas a tener el extraño presentimiento de que te vas a encontrar con tu amigo Heinrich, y te lo encuentras a continuación, aunque tú creías que estaba en Trieste, ¿cómo llamas a eso?

—Tampoco es que sea algo poco corriente —murmuraron el suizo y los otros tres.

—¿Poco corriente? —dijo el alemán—. Es tan corriente como que haya cerezas en la Selva Negra. Es tan corriente como que haya macarrones en Nápoles. ¡Y lo de Nápoles me recuerda algo! Cuando la anciana marquesa Senzanima pega un chillido mientras juega a las cartas en una fiesta en la Chiaja (tal y como vi y oí, pues esto ocurrió en casa de una familia bávara para la que yo trabajaba, y me encargaba de supervisar al servicio esa velada); como digo, cuando la anciana marquesa da un respingo en la mesa de juego, totalmente blanca bajo la capa de colorete, y grita: «¡Mi hermana ha muerto en España! ¡He notado su frío tacto en la espalda!», y resulta que la hermana ha muerto en esos instantes, ¿cómo llamas a eso?

—O cuando la sangre de San Gennaro se licúa a petición de los curas, como todo el mundo sabe que sucede una vez al año en mi ciudad natal —dijo el guía napolitano, con aire cómico, tras una pausa—, ¿cómo llamas a eso?

—¿A eso? —exclamó el alemán—. Yo creo que tengo un nombre para eso...

—¿Milagro? —sugirió el napolitano con la misma expresión pícaro.

El alemán se limitó a fumar y reír, como también hicieron todos los demás.

—¡Bah! —dijo el alemán al poco—. Yo hablo de cosas que de verdad ocurren. Cuando quiero ver a un mago, pago para ver a uno bueno en el que valga la pena gastarse el dinero. Suceden cosas muy extrañas sin necesidad de fantasmas. ¡Fantasmas! Giovanni Baptista, cuenta la historia de la novia inglesa. Ahí no hay ningún fantasma, pero sí algo igual de raro. A ver si alguien me puede explicar el qué.

Como quedaron en silencio, los miré. El que supuse que era Baptista se estaba encendiendo otro cigarro y, a continuación, se dispuso a hablar. Me pareció que era genovés.

—¿La historia de la novia inglesa? —dijo—. *Basta!*<sup>1</sup>. No se debería llamar historia a tan poca cosa. Bueno, sí que lo es, y además verdadera. Miren lo que les digo, caballeros, es verdadera. No es oro todo lo que reluce, pero lo que voy a contar es verdadero.

Lo repitió varias veces más.

—Hace diez años, fui al hotel Long, de Bond Street, en Londres, a presentar mis credenciales a un caballero inglés que estaba a punto de irse de viaje por espacio de un año o tal vez dos. Le gustaron mis referencias, y yo tam-

1. En italiano en el original.



bién. Hizo sus pesquisas y el testimonio que recibió fue favorable, así que me contrató para seis meses renovables a cambio de un generoso sueldo.

»Era joven, apuesto y muy feliz. Estaba enamorado de una distinguida señorita inglesa, que contaba con una fortuna aceptable, y se iban a casar. En definitiva, que era el viaje de bodas el que nos disponíamos a realizar. Para descansar tres meses cuando hiciera más calor (era entonces principios de verano), había alquilado una vieja casa en la Riviera, en la carretera de Niza, a escasa distancia de Génova, mi ciudad. ¿Conocía yo el lugar? Sí, le dije que lo conocía bien. Era un viejo palacio con grandes jardines; un tanto desangelado, así como un tanto oscuro y sombrío, ya que estaba muy rodeado de árboles, pero a la vez espacioso, antiguo, espléndido y en la costa. Me dijo que así era justo como se lo habían descrito, y que le alegraba que yo lo conociera. En cuanto a que estuviese un tanto desprovisto de muebles, era lo que solía ocurrir con esa clase de sitios. En cuanto a que fuese un tanto oscuro, lo había alquilado principalmente por los jardines, a cuya sombra mi señora y él pasarían los meses de verano.

»—Entonces ¿todo bien, Baptista? —me preguntó.

»—Sin duda, *signore*; muy bien —contesté.

»Viajábamos en un carruaje nuevo al que no le faltaba de nada. Nunca nos faltaba de nada. Se celebró la boda. Ellos eran felices. Yo era feliz, ya que todo era tan halagüeño, me hallaba tan bien situado, iba a mi ciudad y, en medio del estrépito del trayecto, le enseñaba mi idioma a la doncella, *la bella* Carolina, que estaba llena de alegría y risas, que era joven y sonrosada.

»El tiempo pasaba volando, pero noté –¡escuchad esto, os lo ruego!– (*y el guía bajó la voz*), noté, digo, que mi señora a veces se quedaba pensativa de un modo muy extraño, como asustada, como en guardia ante algo impreciso. Creo que empecé a darme cuenta de eso cuando caminaba colina arriba junto al carruaje y el señor iba por delante. En cualquier caso, me llamó mucho la atención una tarde, atravesando el sur de Francia, en la que ella me dijo que llamara al señor para que volviera al carruaje, y después de que éste lo hiciera, estuvo caminado largo tiempo junto al vehículo mientras le hablaba a su mujer cariñosamente, dándole ánimos, con una mano en la ventanilla abierta y con la otra cogiendo la de ella. De vez en cuando él se reía muy alegre, como si bromeara para disuadirla de algo. Al poco la señora también empezó a reír y, a partir de ahí, todo volvió a ir bien.

»Aquello era muy curioso. Le pregunté a *la bella* Carolina, esa preciosidad, si es que la señora no se encontraba bien. No. ¿Desanimada? No. ¿Le daban miedo los caminos malos o los bandoleros? No. Y lo que lo hacía más misterioso era que la preciosidad no me miraba al responder, sino que no apartaba la vista del paisaje.

»Sin embargo, un día me contó el secreto.

»–Ya que lo quieres saber –dijo Carolina–, creo, por lo que he alcanzado a oír, que la señora está hechizada.

»–¿Cómo que hechizada?

»–Sí, por un sueño.

»–¿Qué sueño?

»–El de una cara. Las tres noches antes de casarse, vio una cara en un sueño; siempre era la misma, y sólo ésa.

»–¿Una cara espantosa?

»—No, era la de un hombre de tez morena y aspecto peculiar, vestido de negro y con pelo también negro y bigote canoso, que habría resultado apuesto de no ser por su aire reservado y misterioso. Ella no había visto nunca ese rostro, ni se parecía a ninguno que conociese. En el sueño el hombre no hacía más que mirarla fijamente en medio de la oscuridad.

»—¿Y ha vuelto a tener el sueño?

»—No, nunca. Lo que la inquieta es el recuerdo.

»—¿Y por qué la inquieta?

»Carolina negó con la cabeza.

»—Eso es lo que le pregunta el señor —dijo *la bella*—, pero la señora no lo sabe. Ella misma se pregunta por qué. Pero anoche oí que le decía al señor que si se encuentra un cuadro con ese rostro en nuestra casa de Italia (que es lo que se teme que vaya a ocurrir), no cree que pueda soportarlo.

»Os aseguro que, después de saber eso (*dijo el guía genovés*), miedo me daba que llegáramos al viejo *palazzo*, por si tan malhadado retrato resultaba estar allí. Sabía que había muchos, y conforme más nos acercábamos al lugar, más deseaba que la galería completa estuviese en el cráter del Vesubio. Para terminar de arreglarlo, llegamos al fin a esa parte de la Riviera una tarde malísima de tormenta. Tronaba, y en mi ciudad y sus alrededores los truenos retumban entre las altas colinas y suenan muy fuerte. Las lagartijas no dejaban de entrar y salir por las grietas de las estropeadas piedras del muro del jardín, como si estuvieran muy asustadas; las ranas borbotaban y croaban a voz en grito; el viento procedente del mar gemía y los empapados árboles go-

teaban; y los relámpagos... ¡por San Lorenzo bendito, qué relámpagos!

»Todos sabemos cómo es un viejo palacio de Génova y sus cercanías; sabemos que el tiempo y la brisa marina lo han desvaído; que las colgaduras pintadas en las paredes exteriores se han desconchado en grandes láminas de enlucido; que a las ventanas de la planta baja las oscurecen barrotes oxidados de hierro; que la hierba cubre el patio; que las edificaciones anexas están en ruínas; que todo el conjunto parece al borde de desmoronarse. Nuestro *palazzo* era de éstos. Llevaba meses cerrado. ¿Meses, digo? ¡Años! Olía a tierra, como una tumba. El aroma de los naranjos de la amplia terraza trasera, de los limones que maduraban en el muro y de unos arbustos que crecían alrededor de una fuente desvencijada, se había metido de algún modo en la casa y nunca había podido volver a salir. Se respiraba por doquier un ligero olor a viejo por estar todo tanto tiempo cerrado. Languidecía en todos los armarios y cajones. En las pequeñas habitaciones que comunicaban las grandes estancias era agobiante. Si girabas un cuadro (volviendo a lo de los cuadros), ahí seguía, aferrado a la pared por detrás del marco como una especie de murciélago.

»Las persianas de celosía estaban totalmente cerradas por toda la casa. Había dos viejas feas y canosas que se encargaban de ella; una tenía un huso que no dejaba de girar y farfullar en la entrada, y antes habría permitido que pasara el demonio que el aire. El señor, la señora, *la bella* Carolina y yo recorrimos todo el *palazzo*. Aunque me he nombrado el último, yo iba delante, abriendo ventanas y persianas y tirándome encima salpicaduras de lluvia, pedacitos de argamasa y, de vez en cuando, algún

mosquito dormido o alguna monstruosa araña genovesa, gorda y llena de manchas.

»Después de que yo dejase que entrara la luz de la tarde en una habitación, los señores y *la bella* Carolina accedían a ella. Entonces mirábamos todos los cuadros y, a continuación, yo pasaba a la siguiente. La señora tenía mucho miedo a encontrarse con el retrato de esa cara; todos lo teníamos, pero no se veía por ninguna parte. ¿La Virgen con el Niño, San Francisco, San Sebastián, Venus, Santa Catalina, ángeles, forajidos, frailes, templos al atardecer, batallas, caballos blancos, bosques, apóstoles, los dux genoveses; todos mis viejos conocidos repetidos muchas veces? Sí. ¿Un hombre apuesto de tez morena vestido de negro, de aire reservado y misterioso, pelo negro y bigote cano, mirando fijamente a la señora entre la oscuridad? No.

»Finalmente, terminamos de comprobar todas las habitaciones y todos los cuadros y salimos a los jardines. Estaban muy bien cuidados, ya que los había arrendado un jardinero, y eran grandes y umbrosos. Había un teatro rústico al aire libre; el escenario era una verde pendiente; las bambalinas, tres entradas a un lado cubiertas de frondosas y fragantes hojas. Incluso allí, la señora miró por todas partes con sus brillantes ojos como si esperara que apareciese el rostro en escena, pero todo fue bien.

»—¿Ves, Clara? —dijo el señor en voz baja—. No es nada. Puedes ser feliz.

»La señora se animó mucho. Enseguida se habituó a aquel lúgubre *palazzo*, y cantaba, tocaba el arpa, copiaba los viejos cuadros y paseaba con el señor bajo los verdes árboles y parras todo el día. Era hermosa, y él era dicho-

so. El señor reía y me decía, mientras por la mañana montaba a caballo para salir a cabalgar antes de que cayera todo el calor:

»—¡Todo va bien, Baptista!

»—Sí, *signore*; gracias a Dios, todo va muy bien.

No recibíamos visitas. Llevé a *la bella* al *duomo* y a la iglesia de la *Annunziata*, al café, a la ópera, a la *festa* popular, a los jardines públicos, a funciones diurnas del teatro, a las *marionetti*. A la preciosidad le encantaba todo. Aprendió italiano casi de forma milagrosa. ¿Se había olvidado la señora del sueño?, le preguntaba yo a veces. Casi, respondía *la bella*, prácticamente. Se le estaba pasando.

»Un día el señor recibió una carta y me llamó:

»—¡Baptista!

»—*Signore!*

»—Hoy va a venir a cenar un caballero que me presentaron. Es el señor Dellombra. Quiero que cenemos como príncipes.

»Era un nombre extraño que yo no conocía. No obstante, en los últimos tiempos muchos nobles y caballeros eran perseguidos por Austria por cuestiones políticas, y algunos se habían cambiado el nombre. Tal vez ése fuera el caso. *Altro!* Para mí Dellombra era un nombre tan bueno como cualquier otro.

»Cuando el señor Dellombra vino a cenar (*dijo el guía genovés en la misma voz baja de antes*), lo conduje al salón principal, la gran *sala* del viejo *palazzo*. El señor lo recibió con mucha cordialidad y lo presentó a la señora. Al levantarse ésta, le cambió el rostro, lanzó un grito y cayó sobre el suelo de mármol.

»Entonces volví la cabeza hacia el señor Dellombra y vi que vestía de negro, tenía un aire reservado y misterioso, y era un hombre moreno de buen aspecto y pelo negro y bigote cano.

»El señor cogió a la señora en brazos y la llevó a su cuarto, adonde envié rápidamente a *la bella* Carolina. Ésta me contó más tarde que la señora se había llevado un susto de muerte y que se pasó toda la noche delirando sobre el sueño.

»El señor quedó desconcertado y preocupado; casi enfadado, pero a la vez muy solícito. El señor Dellombra era un caballero muy distinguido que se refirió con mucho respeto y pesar a la grave indisposición de la señora. Llevaba unos días soplando el viento africano, según le habían dicho en su hotel de la Cruz de Malta, y sabía que a menudo podía ser perjudicial. Esperaba que la hermosa dama se recuperase pronto. Pidió permiso para retirarse y repetir la visita cuando tuviera la satisfacción de enterarse de que la señora ya se encontraba bien. El señor no lo consintió y cenaron solos.

»Se marchó temprano. Al día siguiente apareció a caballo en la verja para interesarse por la señora. Volvió dos o tres veces más esa semana.

»Entre lo que yo veía y lo que me contaba *la bella* Carolina, llegué a la conclusión de que el señor había decidido curarle a la señora ese descabellado terror suyo. Se deshacía en amabilidades con ella, pero también se mostraba sensato y firme. Intentaba hacerle entender que fomentar esas fantasías podía llevarla a la melancolía, o incluso a la locura; que el que se pusiera bien dependía sobre todo de ella misma; que con que consiguiera resis-

tirse una vez a esa extraña debilidad, y recibiese al señor Dellombra como una dama inglesa recibiría a cualquier otro invitado, la habría vencido para siempre. En definitiva, que el *signore* volvió, la señora lo recibió sin dar muestras de angustia (aunque todavía cohibida y asustada), y la velada transcurrió con toda tranquilidad. El señor estaba tan encantado con ese cambio, y tan interesado en confirmarlo, que el señor Dellombra se convirtió en invitado habitual de la casa. Sabía mucho de pintura, literatura y música, con lo que su compañía habría sido muy bien recibida en cualquier lóbrego *palazzo*.

»Yo me daba cuenta a menudo de que la señora no se había recuperado del todo. Bajaba la mirada y agachaba la cabeza ante el señor Dellombra, o lo miraba a escondidas con expresión entre aterrorizada y fascinada, como si su presencia ejerciera alguna influencia o poder malignos en ella. Cuando apartaba la vista de la señora para observarlo a él, solía verlo en los umbríos jardines, o en la gran *sala* poco iluminada, digamos que «mirándola fijamente en medio de la oscuridad». Claro está que yo aún no había olvidado las palabras de *la bella* Carolina al describirme el rostro del sueño.

»Tras su segunda visita, oí que el señor decía:

»—¡Ves, mi querida Clara, se acabó! Dellombra ha venido, se ha ido y tus temores se han hecho añicos como el cristal.

»—¿Va a... va a volver más veces? —preguntó la señora.

»—¿Más veces? ¡Pues claro! ¡Muchas veces! ¿Es que tienes frío? —le dijo, ya que ella había empezado a temblar.

»—No, no, querido, pero es que... ese hombre me aterra. ¿Estás seguro de que hace falta que vuelva más?



»—Tu pregunta me hace estar aún más seguro, Clara —contestó el señor alegremente.

»Aun así, él ya era muy optimista con respecto a la total recuperación de la señora, y lo fue todavía más a cada día que pasaba. Ella era hermosa, y él dichoso.

»—¡Todo va bien, Baptista! —me repetía con frecuencia.

»—Sí, *signore*; gracias a Dios, todo va muy bien.

»Nos fuimos todos al carnaval de Roma (*dijo el guía genovés esforzándose para hablar un poco más alto*). Yo había estado fuera todo el día con un amigo mío siciliano y con un guía que se encontraba allí acompañando a una familia inglesa. Cuando volvía de noche a nuestro hotel, me encontré con la preciosa Carolina, que nunca salía sola de casa, corriendo como una loca por el Corso.

»—¡Carolina! ¿Qué ocurre?

»—¡Ay, Baptista! ¡Ay, por el amor de Dios! ¿Dónde está mi señora?

»—¿Qué le sucede a la señora?

»—No la veo desde esta mañana. Después de que se fuera el señor de excursión, la señora me dijo que la dejara descansar, porque había pasado muy mala noche por unos dolores, y quería quedarse en la cama hasta entrada la tarde, y luego levantarse ya bien. ¡Pero no está, no está! ¡Ha regresado el señor, ha tirado la puerta abajo y no está! ¡Ay, mi señora, tan hermosa, buena e inocente!

»La preciosidad lloraba, deliraba y se tiraba de los pelos de tal modo que no me habría sido posible sujetarla, de no ser porque de pronto se desmayó en mis brazos como si le hubiesen pegado un tiro. Apareció el señor, con una actitud, rostro y voz que ya no eran los del señor que yo conocía. Acosté a la preciosidad en su cama del

hotel, dejándola al cuidado de las camareras, y entonces él me llevó frenéticamente en un carruaje por la oscuridad de la desierta *campagna*. Al hacerse de día, nos detuvimos en una casa de postas de mala muerte, y entonces nos enteramos de que, doce horas antes, todos los caballos que tenían se los había quedado, para después enviarlos en distintas direcciones, ¡fijaos lo que os digo!, el señor Dellombra, que había pasado por allí en un carruaje en el que también iba una asustada dama inglesa agachada en un rincón.

»Nunca tuve constancia (*dijo el guía genovés respirando hondo*) de que llegaran a localizarla más allá de aquel sitio. Lo único que sé es que se perdió en el más infame olvido, llevando a su lado la temida cara que había visto en sueños.

—¿Cómo llamáis a eso? —exclamó exultante el guía alemán—. ¿Fantasmas? ¡No hay fantasmas que valga en eso! ¿Y cómo llamáis a lo que os voy a contar? ¿Fantasmas? ¡Tampoco hay fantasmas que valga en esto!

—Una vez me contrató (*prosiguió el guía alemán*) un caballero inglés, anciano y soltero, para viajar con él por mi país, por mi patria. Era comerciante con negocios en Alemania, por lo que hablaba nuestra lengua, pero no iba allí desde que era pequeño; yo diría que desde hacía sesenta años.

»Se llamaba James, y tenía un hermano gemelo, John, también soltero. Los dos se profesaban gran cariño. Trabajaban juntos, en Goodman's Fields, pero no compartían el mismo domicilio londinense. El señor James vivía

en Poland Street, a la vuelta de Oxford Street, mientras que el señor John residía en Epping Forest.

»El señor James y yo íbamos a partir hacia Alemania al cabo de una semana aproximadamente. El día exacto dependía de unos asuntos de negocios. El señor John vino a la casa de Poland Street, en la que yo me alojaba, a pasar esa semana con el señor James. Sin embargo, le dijo a su hermano al segundo día:

»—No me encuentro muy bien, James. No es que me pase gran cosa, pero creo que estoy un poco gotoso, así que me voy a ir a casa a que me cuide mi vieja ama de llaves, que sabe lo que hay que hacerme cuando me pongo así. Si me recupero pronto, volveré antes de que te marches. Si no me siento lo bastante bien para reanudar la visita, espero que vengas tú a verme antes de que te vayas.

»El señor James, por supuesto, le dijo que así lo haría, y tras darse la mano —ambas manos, como hacían siempre—, el señor John pidió su anticuado carruaje y se fue a casa en medio del traqueteo de éste.

»A la segunda noche después de eso —esto es, la cuarta de esa semana—, el señor James me despertó de mi profundo sueño al entrar en mi cuarto en bata de franela y con una vela encendida. Se sentó en el borde de la cama y, mirándome, me dijo:

»—Wilhelm, tengo motivos para pensar que me aqueja alguna enfermedad rara.

»Entonces me di cuenta de que su expresión era muy extraña.

»—Wilhelm —continuó—, no me da miedo ni vergüenza contarle a usted lo que me daría miedo y vergüenza con-

tarle a cualquier otro hombre. Usted procede de un país sensato en el que las cosas misteriosas se investigan, y no se da por sentado que ya se pesaron y midieron, o que ya se comprobó que no se podían pesar y medir, o en cualquiera de los dos casos que ya quedaron solventadas, hace muchos años. Acabo de ver el fantasma de mi hermano.

»Confieso (*dijo el guía alemán*) que se me heló un poco la sangre al oírlo.

»—Acabo de ver —repitió el señor James mirándome a la cara, para que comprobase lo sereno que se encontraba— el fantasma de mi hermano John. Estaba sentado en la cama, sin poder dormirme, cuando él ha entrado en el cuarto, vestido de blanco, contemplándome muy serio, ha seguido hasta el final de la habitación, ha echado una ojeada a unos papeles de mi escritorio, se ha dado la vuelta y, todavía mirándome muy serio al pasar por delante de la cama, ha salido por la puerta. Que conste que no estoy loco en absoluto, ni tampoco dispuesto a conceder a ese fantasma ninguna existencia real fuera de mi cabeza. Creo que es una advertencia de que estoy enfermo, y que lo mejor es que me sangren.

»Me levanté de inmediato (*dijo el guía alemán*) y empecé a vestirme, mientras le decía que no se asustara y que yo iría a avisar al médico. Al instante de estar listo, llamaron con mucha premura a la puerta principal, tanto haciendo sonar la campana como dando golpes. Como mi cuarto era una buhardilla de la parte trasera, y el del señor James estaba en la delantera del segundo piso, bajamos al suyo y nos asomamos por la ventana para ver qué pasaba.

»—¿Es el señor James? —dijo abajo un hombre, que retrocedió hasta el otro lado de la calle para mirar hacia nosotros.

»—Sí —contestó él—, y usted es Robert, el sirviente de mi hermano.

»—Así es, señor. Lamento comunicarle que el señor John está enfermo. Se encuentra muy mal, señor. Hasta temen que esté a punto de fallecer. Quiere verle, señor. Tengo aquí una calesa. Venga a verle lo antes posible, se lo ruego.

»El señor James y yo nos miramos.

»—¡Esto es muy extraño, Wilhelm —dijo—. Véngase conmigo!

»Le ayudé a vestirse, en parte allí y en parte en la calesa, y no hubo hierba que creciera bajo las herraduras de los caballos en el trayecto entre Poland Street y Epping Forest.

»¡Y ahora, mirad lo que os digo! (*exclamó el guía alemán.*) Entré con el señor James en el cuarto de su hermano y vi y oí lo siguiente:

»El hermano yacía en la cama al final de su alargado dormitorio. Lo acompañaban su vieja ama de llaves y algunas personas más; creo que tres, o tal vez cuatro, que estaban con él desde primera hora de la tarde. Iba vestido de blanco como la aparición, lo cual era normal ya que llevaba puesto el camisón. Tenía el mismo aire de la aparición, lo cual era normal ya que observó muy serio a su hermano cuando lo vio entrar en la habitación.

»No obstante, cuando su hermano llegó junto a su lecho, se incorporó lentamente en la cama y, mirándolo a los ojos, dijo:

»—*¡James, esta noche tú ya me habías visto y lo sabes!*

»¡Y, a continuación, murió!